



LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE
FLORENCE W. ALDRIDGE

TANYA ANNE
CROSBY

« PELIGROSAMENTE ADICTIVO »

-Sherrilyn Kenyon, autora superventas del New York Times

«¡CROSBY PROPORCIONA SUSPENSE, SECRETOS
Y ESCÁNDALOS SUREÑOS COMO NADIE!»

- Harlan Coben, autor superventas del New York Times

Los Últimos Momentos de Florence W. Aldridge

Tanya Anne Crosby

Traducido por Yaiza Barrio Parra

y Patricia Parra

Índice

[Menos de 48 horas](#)

[Elogios para Al norte de la locura y Al sur de la muerte.](#)

[En Esta Serie](#)

[Una nota de Tanya](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Al norte de la locura](#)

[Al sur de la muerte](#)

[Sobre la autora](#)

Menos de 48 horas

Eso es lo que le queda de vida a Florence W. Aldridge.

Cada uno de los sucesos en la vida de una persona está conectado. El estado de nuestras vidas, en un momento dado, es la suma de todo lo que hemos hecho y de todos los sitios en los que hemos estado. Nuestra siguiente decisión determina no solo dónde acaba nuestra vida, sino en quién nos convertiremos a lo largo del camino. ¿Hasta dónde puede llegar una mujer para redimirse antes de que el reloj se pare?

Estos son los últimos momentos de Florence W. Aldridge...

Elogios para *Al norte de la locura* y *Al sur de la muerte*.

Al norte de la locura es peligrosamente adictivo.

Sherrilyn Kenyon, autora N° 1 del New York Times

¡Crosby proporciona suspense, secretos y escándalos sureños como nadie!

Harlan Coben, autor superventas del New York Times

Crosby dibuja con facilidad un misterioso escenario que parece bello desde fuera, pero en el que, entre las sombras, acecha algo siniestro. Con reminiscencias de una antigua película de Hitchcock, Crosby consigue darle al lector una sombría figura en el trasfondo, siempre cerca, pero invisible para el héroe y la heroína.

Lector de Amazon

En Esta Serie

Al Norte de la Locura
Al Sur de la Muerte

Una nota de Tanya

Querido lector:

Esto no es un relato corto. Es una anécdota, un fragmento temporal que pretende ser un acompañante para *Al norte de la locura* y *Al sur de la muerte*. Aunque no es un relato por sí solo, este fragmento no contiene spoilers, de modo que se puede leer antes que las novelas.

Sin embargo, puede ser que si estás leyendo esto, ya hayas leído *Al norte de la locura* y *Al sur de la muerte*. Si es así, sin duda también habrás leído las narraciones en primera persona que hay al inicio de cada novela, ambas contadas desde la perspectiva de Florence Willodean Aldridge. Me han preguntado sobre estas narraciones en numerosas ocasiones, dado que están contadas por una voz totalmente diferente al resto de los libros sobre Oyster Point y las hermanas Aldridge. Sobre todo, los curiosos lectores desean saber más sobre los últimos momentos que llevaron a la muerte de Flo Aldridge.

¿Quién era ella? ¿Qué fue lo que le motivó a hacer lo que hizo? Sabemos que fue asesinada, pero ¿qué fue lo que pasó aquella noche exactamente?

Sigue leyendo para experimentar los últimos momentos y las últimas palabras de Florence W. Aldridge...

1

Martes, 1 de mayo. 16:35.

Cementerio Magnolia, Charleston, Carolina del Sur.

Las flores son frescas.

Gysophilas y rosas de un tono melocotón aclarado por el sol. Bien erguidas en la urna inclinada, aún no han empezado a marchitarse a pesar del calor bochornoso. Yo no las he puesto aquí, pero su visión me llena de sentimientos que no puedo describir mientras me inclino para enderezar la urna sobre la tumba de mi hijo.

A mitad de camino entre las tumbas de Robert y Sam, crece una planta de yuca cuyas hojas se me-

cen suavemente en la irregular brisa veraniega.

Eso también es cosa de Sadie.

Hay una antigua creencia *gee-chee* según la cual las yucas mantienen los espíritus de los muertos en su lugar. Conociendo a mi querida amiga, las habrá plantado para mantener a Robert en el sitio al que pertenece.

Aunque rara vez hablamos de ello, sé que Sadie viene aquí a menudo, algo de lo que me siento un poco culpable, excepto porque para cuando llegué a aceptar la muerte de mi hijo, habían pasado demasiados años. Había veinticinco años de hierba y maleza enredados sobre su tumba. Ahora, estoy adormecida y sospecho que ya no sé cómo volver a la tierra de los vivos. Esperando verter lágrimas, me que-

do mirando, sin parpadear, la tumba de mi hijo.

No llegan.

Creo que yo también seré enterrada aquí. Si alguien me preguntara, puede que no lo admitiera, pero casi he acabado mis asuntos en la tierra. Cada día que pasa, mis hijas se alejan más y más de mí...

Bueno, por lo menos este lugar es agradable.

Las magnolias. Los robles. El olor del lodo pendiendo en el aire.

Si te colocas en el límite del cementerio, mirando hacia las marismas, se puede ver el puente del río Cooper en la lejanía, irguiéndose como un centinela sobre el propio río Cooper.

A pesar de las derruidas tumbas y de las lápidas manchadas por el liquen que son el inevitable recordatorio de la muerte, no hay un

lugar más sublime en toda la Tierra en el que estar, rodeado de lánguidos robles cubiertos de musgo español. Todo el cementerio está rodeado de marismas repletas de juncos de esparto; algo bueno, diría Sadie. Mantenía a los muertos acorralados, a las tristes almas entremezclándose unas con otras en un baile macabro.

En la tradición *geechee*, el agua es una frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Yo no es que sepa mucho del tema precisamente, pero el emplazamiento de la tumba de Sam... no es un error.

Descansando entre su padre muerto y la parcela reservada para mí, su tumba vacía me separa, afortunadamente, de los huesos de Robert para el resto de la eternidad. En vida, no soportaba que me toca-

se. En la muerte, no podría soportarlo mucho más.

Y aún con todo, el cuerpo de Sam no está aquí. Nada me une a esta parcela. En realidad, no tengo por qué compartir este trozo de tierra a la sombra de un corcovado roble. No hay nada que dicte que yo deba descansar junto al resto de mi familia. Mis padres se pueden quedar a Robert. Después de todo, si me casé con él fue por mi madre, para darle un triunfador al *Tribune*.

Ese pobre bastardo nunca le produjo a nadie nada más que pena.

Tengo que confesar que venir hoy aquí ha sido como una prueba. Pero según mi terapeuta, mi rechazo a visitar el lugar es debido a la negación. Insiste en que mi "negación" a la muerte de Sam es el guardián de todas mis emociones.